

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

LADRONES
DE LIBERTAD

© de la obra: Iria G. Parente y Selene M. Pascual, 2017

© del mapa, los detalles que acompañan el texto y las ilustraciones del final:

Lehanan Aida, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: septiembre de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-12-5

Depósito Legal: M-21528-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A todos los piratas que día a día buscan el tesoro que es su propia libertad. A veces, ser uno mismo ya supone un acto de coraje y rebeldía. No olvidéis nunca que nadie tiene derecho a encadenaros.





Marabilia





Nadim

No es la primera vez que pienso que morir es un justo castigo después de tanto tiempo sin encontrarte.

Es la primera vez, sin embargo, que estoy tan cerca de conseguirlo.

Me pregunto si te encontraré entre los muertos. Me pregunto si estás allí, desde hace días, semanas o años, aguardando el momento de volver a verme para recriminarme actos del pasado o sólo para reírte de mí. Quizá, de hecho, no me esperes. Quizá la muerte haya sido piadosa contigo y ni siquiera me recuerdes. No creo que tenga la misma bondad guardada para mí: no me he ganado la suerte de olvidar, olvidarte, olvidarnos. Olvidarme.

Ojalá no te halle entre los muertos. Ojalá estés en este mundo, todavía rebosante de vida, provocando tormentas con tu presencia. Preferiría eso a encontrarte ahora, habiendo tomado la forma de la estrella que siempre fuiste, sabiendo que fui yo quien provocó que ocupases un lugar en el firmamento.

Sólo hay una cosa que lamento de morir: no voy a hacerlo solo.

Demasiadas personas van a caer conmigo. Y puede que no sean las más nobles, puede que hayan cometido pecados por los que,

como yo, deben pagar. Han matado, han robado, han sido egoístas y traicioneros. Son piratas, ni más ni menos. Si se trata de justicia, sin duda ninguno de los que morirán conmigo merece salvación. Pero yo también soy egoísta y traicionero, y traicionaría a quien hiciera falta por ellos.

A mí no me importa morir aquí esta noche o en cuanto el alba asome. La vida es algo que desde hace tiempo parece vacío y pesado por la culpa y por tu recuerdo. Tu fantasma aparece demasiadas veces, y el tiempo tras de ti se extiende ya por años que no han dado resultados. Pero Collen es demasiado joven; Rick, demasiado fuerte; Tayeb, demasiado listo; Sabir, demasiado alegre; Harren, demasiado apacible; Owain, demasiado amable; Gavin, demasiado estoico, y Jared...

Bueno, a Jared ya lo conoces. Nunca podría definirlo con una palabra. ¿Qué palabra utilizarías tú? No es el mismo que conociste, por supuesto. Hace tiempo que dejó de serlo, como yo mismo. Como tú, supongo, estés donde estés. Todos hemos debido de cambiar. Ha sido mucho tiempo desde la última vez...

Creo que, pese a ello, tú conseguirías calmarlo. Harías que dejase de moverse por la celda como un animal enjaulado, dispuesto a saltar sobre cualquier presa que se acerque a los barrotes que nos mantienen presos. Sólo que nadie ha venido desde que nos lanzaron aquí dentro y eso ya fue hace demasiadas horas como para contarlas. Hay soldados al final del pasillo que cambian las guardias, pero no se acercan a nosotros ni cuando Jared les increpa ni cuando Rick intenta bromear con ellos ni cuando Sabir les hace insinuaciones sobre erguir sus lanzas. Se mantienen callados, impasibles, en un silencio que no hace más que frustrar a nuestro capitán. Sus paseos por nuestra celda —compartida, demasiado pequeña para ambos—

no cesan. Apenas lo veo con la poca luz que hay en el pasillo de los calabozos. Sólo oigo las conversaciones de mis compañeros en otras celdas, hablando en susurros que me cuesta desentrañar. Creo que reconozco el sonido de algún beso e imagino que así es como intentarán llenar las últimas horas Collen y Rick. Por un momento me los imagino colgando de la horca, e incluso entonces tienen los dedos entrelazados. Ocuparán lugares muy juntos entre las estrellas, no me cabe duda.

Si tú estás allí arriba, seguro que hasta alcanzándote estaremos a años de distancia, como miembros de constelaciones contrarias. Puede que pasemos a formar parte de los Gemelos, cada uno completando un cuerpo diferente.

El enésimo intento de Jared por echar la puerta abajo, con un grito de frustración, me obliga a volver a la oscuridad de la celda, sin noche ni astros. Nuestro capitán sacude los barrotes, aferrado a ellos como si sus manos pudieran fundir el metal.

—Sabes que no vas a conseguir nada, ¿verdad?

Mi voz es extraña y me rasga la garganta. Suena ronca, estrangulada. No tanto como llegará a estarlo en cuanto el sol aparezca, claro. Vuelvo a tragar saliva porque siento la boca seca. Quizá no pretenden matarnos en una plaza para dar alguna lección al pueblo; puede que ni siquiera nos consideren tan importantes y por eso nos dejarán aquí abandonados, muriendo por inanición.

Jared se gira hacia mí, con la mirada enfurecida que suele gobernar sus ojos cuando las cosas no salen como quiere. En eso no ha cambiado tanto desde que tú lo conociste. Ya por aquel entonces tenía mal genio.

—En algún momento alguien tendrá que venir a sacarnos de aquí.

Me acomodo en el suelo húmedo de la celda, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. O uno de ellos, en realidad; el otro ni siquiera consigo abrirlo después de un puñetazo demasiado certero.

—Sí, alguien vendrá. Para llevarnos al cadalso. No sabía que tú también tuvieras tantas ganas...

Un resoplido.

—Vengan a lo que vengan esos cabrones, usaremos el momento para escapar.

—Por supuesto. Con nuestras incontables armas..., que nos han quitado.

—Todavía tenemos los puños.

—Cogidos por grilletes.

—Pues les ahogaremos con ellos.

La resolución de Jared y su gran imaginación tampoco han cambiado, ya lo sabes.

—Sin duda serán lo bastante estúpidos para venir de uno en uno y permitirnos movernos tan rápido.

—Sin duda no saldremos vivos de aquí si es por tu colaboración, Nadim.

—Ah, el realismo, siempre tan injustamente desprestigiado...

Nuestra conversación se pierde con el murmullo de unos pasos acercándose. Creo que son varias las personas que vienen. Hay un revuelo en las celdas contiguas, cuchicheos entre mis compañeros. También hay voces ajenas que retumban entre las paredes de piedra.

Supongo que ha llegado el momento. Para mí, resignado, de dejar que suceda lo inevitable. Para Jared, siempre más enérgico, de plantar cara. Lo veo retroceder, alejarse de la puerta, y sé que sólo se está preparando para tomar impulso. Lo conozco lo suficiente para sa-

ber que piensa echarse sobre la primera persona que intente sacarnos de aquí.

—¡Vaya, vaya, si parece que tenemos visita! —Es la voz de Rick la que suena. Se encuentra en la celda de enfrente, por lo que puedo ver sus brazos salir entre los barrotes—. ¡Y nosotros en estas pésimas condiciones, sin nada para servir a unos dignos invitados! Bueno, tenemos ratas muertas. Pueden no parecer muy apetecibles, pero, oh, con una guarnición de cucarachas creo que estarán deliciosas.

Supongo que cada uno se enfrenta a la idea de la muerte como quiere o como puede, y que Rick se marchará riéndose. De ellos o de nuestra suerte, eso no lo tengo claro.

—No te olvides de la bebida, Rick —le recomienda la voz aguda de Collen—. El agua estancada es una delicia. O siempre quedará algo de orina, si prefieren algo más exótico...

—¡Cierto, cierto! ¿Quién quiere licor, teniendo semejantes posibilidades?

El corredor se ilumina entonces a medida que las voces y los pasos se acercan.

—¡¡Callaos, miserables!! Más os vale mantener la boca cerrada hasta que se os ordene hablar u os cortaré la lengua yo mismo.

Reconozco la voz del capitán de la guardia, el mismo que nos echó en las celdas. Pronto lo veo porque él y la comitiva de hombres que lo sigue se plantan justo ante mi celda y la de Jared. Aparto la vista cuando nos alumbrá con el orbe de luz que lleva entre las manos, cegándonos por un momento.

—Estos son, majestad. Alteza.

Así que han traído hasta aquí al rey y al príncipe de Dahes. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la nueva iluminación, intrigado. ¿Tú no lo estarías? No todos los días se está ante uno de los

gobernantes de Marabilia. Siento curiosidad por saber si es todo lo impasible que afirman, si parece tan poderoso..., pero es sólo un hombre. Con porte, si quieres considerarlo así, y por descontado que no nos mira con misericordia, ni a nosotros ni al resto de la tripulación, porque se pasea por las celdas con parsimonia, con pasos calmados. Supongo que su fría tranquilidad es lo que le ha dado cierta fama de temible, pero es sólo alguien que tuvo la suerte o la desgracia de nacer con una corona destinada a su cabeza. ¿Tú qué piensas? ¿Suerte? ¿Desgracia? Su hijo parece creer lo segundo. Puede que no de nacer como príncipe, pero desde luego debe de estar maldiciendo tener que estar aquí. Él no sigue a su padre en su paseo, sino que se queda frente a nuestros barrotos. Si el rey de Dahes es sólo un hombre, él es apenas un muchacho: sus manos se cierran con nerviosismo, aunque intenta mantener la cabeza alta y mirar con la misma indiferencia que su padre. No lo conseguiría ni aunque lo intentase durante horas. Sus ojos, en realidad, repasan lo que le rodea sin fiarse de nada. Su nariz se arruga, con toda probabilidad de desagradado por el olor que nos rodea.

No tengo ninguna duda de que te reirías de él.

Los pasos del rey vuelven a nuestra celda. Sus ojos se encuentran un segundo con los míos, pero no me presta demasiada atención. No soy quien más le interesa de aquí. De soslayo, lanzo un vistazo a mi compañero. Veo sus puños apretados. Casi percibo su rechinar de dientes. ¿Recuerdas cuando se lanzó contra aquellos matones, en el callejón, el día que lo conocimos? Parece que hace una eternidad de eso, ¿verdad? Pero sigue poniendo la misma expresión cuando se enfada. Sólo que ya no es un niño.

—Así que esta es la temida tripulación del *Angelique*... No parece gran cosa.

Es la chispa que faltaba para terminar de prender la ira de mi compañero. Jared se lanza con rapidez sobre los barrotes, aferrándose a ellos, golpeándolos con su cuerpo. El rey, pese a la cercanía, no se mueve, aunque los guardias desenvainan y el príncipe da un paso atrás.

—Es fácil decirlo cuando estás tras esta puerta, capullo. También es cobarde.

—¿*Tú* eres el capitán de esta tropa de indeseables? —Su voz, su tono, su manera de mirarlo: todo parece insultar a mi amigo—. ¿Tú has robado a todos los reyes y mercaderes de Marabilia?

Me pongo en pie, más para proteger a mi compañero que porque me interese la conversación. Jared ya tiene en la boca esa sonrisa torcida y peligrosa que tantas veces le he visto; los ojos turbios, sin nada que perder. Saltará encima del soberano en cuanto pueda y los guardias no preguntarán antes de atacar.

—Si quieres una presentación, estaré encantado de estrechar las manos... alrededor de tu cuello. —La sonrisa le vuela de los labios cuando vuelve a sacudir los barrotes—. ¡¡Abrid estas celdas!! No nos vamos a dejar ejecutar en una plaza; si queréis matarnos, tened cojones y pelead ahora.

Hasta él tiene que saber que eso no va a pasar. ¿De qué sirve una ejecución por parte de la corona si no puede ser delante de todo el pueblo? Si no pueden convertirlo en un espectáculo, en una muestra de poder y lucha contra los delincuentes, no es tan interesante. Además, el pueblo paga impuestos con más tranquilidad si se siente seguro. Vende miedo, vende que luchas contra él y vences, y no tendrás que preocuparte de que tus súbditos se revuelvan. ¿No es esa otra manera de robar y engañar a la gente? Por lo menos, de los piratas se espera que sea eso lo que hagamos; es

natural desconfiar de nosotros. En los gobernantes, sin embargo, se supone que hay que creer.

Mírame, ya hablo como tú, puede que en un intento de traerte de vuelta. Siempre estuviste por delante de mí en estas cosas. Siempre te cuestionabas el mundo mucho más que yo. Supongo que vivía cómodo. Tú, por supuesto, no tanto.

—¿Crees que sus cabezas serán un buen regalo para el rey de Dione? ¿Cuántos barcos de su flota habrán atacado? Quizás entregarles el *Angelique* como regalo de bodas sería adecuado...

Aunque el rey no aparta la mirada de Jared, es obvio que no habla con él. Mi mirada vuelve al muchacho que aguarda, callado y observador, tras su padre. Cuadra los hombros, al sentir que se dirigen a él, y alza la barbilla.

—Un barco pirata no parece el regalo más adecuado para una princesa de Marabilia. Pero está exquisitamente labrado; he oído que las criaturas que lo adornan fueron atrapadas en la madera por un nigromante.

—Cuentos para asustar a sus enemigos. Por desgracia para ellos, en Dahes no nos amedrentamos con rumores de vieja.

—¿En Dahes no os amedrentáis? —repite Jared con cierta sorna—. Mandasteis dos barcos tras nosotros y ahora os protegéis detrás de guardias armados y unos barrotes de hierro.

—Puedes desistir si lo que intentas es provocarme, capitán. No soy yo quien tiene todas las de perder. Yo, de hecho, soy quien tiene el poder para desollaros vivos si así se me antoja, o para que mis hombres os torturen hasta que supliquéis piedad.

Sé que esas palabras no van a funcionar con Jared, y tampoco con el resto de la tripulación. Puedo imaginarme a Sabir, esté donde esté, imitando al soberano para burlarse de él. Por mi parte, encuen-

tro mucho más interesante la actitud del príncipe de Dahes: de pronto parece todavía más fuera de lugar. Agacha la cabeza y no sé si es consciente del paso que da atrás, alejándose de su padre.

—¿Te funciona eso con tus súbditos...?

La voz de Jared está teñida de incredulidad. No hay asomo del miedo que, supongo, pretendía insuflar en nosotros. Geraint de Dahes parece haber asustado más a su hijo que a sus prisioneros. No es complicado diferenciar la carcajada fuerte de Rick, cercana. Yo mismo tengo que sonreír cuando veo la expresión de Jared, que se burla del hombre ante él, de su corona y del poder que pretende tener sobre nosotros.

—¡Socorro, socorro! —Collen finge un lloriqueo y Rick se ríe más—. ¡Piedad, rey nuestro! ¡Ah, nos arrepentimos de todos nuestros pecados! ¡No quiero morir, soy demasiado joven!

—¡Y yo demasiado guapo! —La voz de Sabir es casi una súplica cantarina.

—Yo había apostado que llegaría vivo a los treinta, no me jodáis —protesta Tayeb.

—Piensa que, si no ganas la apuesta, tampoco estarás vivo para tener que pagarla —razona Gavin.

—¡¡Silencio!! —exige el capitán de la guardia.

El rey vuelve a tener esa expresión vacía en la cara. Sus ojos se fijan por un largo instante en Jared y después..., después me presta atención a mí.

—Sacad a ese.

Entorno los párpados y me separo de la pared.

—¿Debo sentirme halagado, majestad?

Siento a Jared tensarse y prepararse para saltar sobre quien vaya a abrir la puerta. No parece darse cuenta de que son muchos más soldados, un príncipe y un rey. No hay posibilidad de que consiga hacer

nada, pero supongo que cuando la otra opción es dejarte matar, prefieres irte clavando los dientes en la yugular del enemigo. Casi me parece oír tu voz diciendo que no ha cambiado nada. Tienes razón.

Mi compañero, sin embargo, no tiene la oportunidad de hacer ninguna locura. Una figura que hasta el momento se había mantenido quieta, al final de toda la comitiva, da unos pasos adelante. Veo un fulgor azul sólo un segundo antes de que Jared sea lanzado, por una fuerza invisible, contra la pared de piedra. Ni siquiera me da tiempo a gritar su nombre: unas manos invisibles tiran también de mí, a la par que la puerta se abre, me empujan y me lanzan al suelo, a los pies del rey. El golpe es duro, pero cuando intento incorporarme alguien coge mis cabellos y me irgue. El filo de una espada se posa, frío y letal, sobre mi cuello. Ante mí, Geraint de Dahes ni siquiera se permite una sonrisa de satisfacción.

—¡¡El capitán soy yo, hijo de mil perras!! —protesta Jared. De soslayo veo cómo se incorpora, inestable, y se vuelve a lanzar sobre los barrotos. El nigromante que lo ha tumbado lo mira, vigilante al lado de su rey, pero no hace nada.

Yo me quedo quieto, observando. Jared no está pensando. A mí la indiferencia por mi vida me permite cierta lucidez. Por ejemplo, me hace darme cuenta de que si quisieran matarme ya lo habrían hecho. Si quisieran matarnos, el rey y el príncipe no estarían aquí: nos habrían sacado a rastras y habrían anunciado nuestros pecados y celebrado nuestra ejecución sin más miramientos. En cuestión de horas nuestros cuerpos estarían convirtiéndose en cenizas o pudriéndose en alguna fosa común: ignoro qué hacen en Dahes con los delincuentes a los que condenan a muerte. En cualquier caso, sólo somos piratas: no merecemos tanta reverencia ni tanto rodeo.

—¿Qué queréis de nosotros?

Diría que es el príncipe el más sorprendido por mis palabras. No sé si es por lo que digo o por oír mi voz. Geraint de Dahes sólo enarca una ceja.

—Parece que tú eres más inteligente que tus compañeros o, al menos, más dispuesto a emplear la lógica. Es una pena que no seas el capitán: eso agilizaría las cosas.

—¿De qué cojones estáis hablando? Suéltalo. Encárate conmigo, si quieres hablar con el capitán. ¡Estoy aquí!

El rey aparta la mirada de mí para fijarla en Jared.

—Tengo interés en negociar, capitán.

Negociar. Con Jared. Jared no negocia, y menos con una corona. Su sonrisa parece decirlo todo, incrédula y de nuevo socarrona.

—Antes muerto.

—Suponía esa actitud. Y no tengo ningún problema, la verdad: pero me aseguraré de que seas el último. ¿Cómo deberíamos matar a este? ¿Le cortamos la cabeza? ¿O comenzamos con las manos? Por su aspecto diría que viene de alguna de las islas; en Rydia cortan dedo por dedo a los ladrones para recordarles qué no deben hacer. Podemos explorar sus tradiciones.

Entrecierro los ojos, molesto. Estoy dispuesto a morir si es para pagar por mis pecados, pero no a que me usen como método de extorsión. Saltaría hacia el rey si pudiera, pero todavía sujetan mi pelo y echarme hacia delante es cortarme la garganta con el filo que todavía se posa contra ella. De modo que sólo lo observo, devolviéndole la mirada, sin palabras. Al menos, que vea que no tengo miedo de él.

—¿Qué vas a hacer? —gruñe Jared—. ¿Matar a mi tripulación, uno por uno, hasta llegar a mí si no escucho?

—Tú los estarás matando. Quiero que sepas que podrás parar estos sacrificios tan innecesarios cuando desees. Si no lo haces, yo habré perdido el tiempo y tú, la vida. Aunque lo haremos entretenido, no te preocupes. ¿Sois nueve en la tripulación? Nos encargaremos de que cada uno muera de una manera diferente para no aburrirnos. Adelante con el primero, supongo que el capitán necesita una prueba.

Tiran de mi cabello con más fuerza, echándome la cabeza hacia atrás y exponiendo más mi garganta. Pese a la aceptación de la muerte, no puedo evitar tragar saliva. El pulso se me dispara, más lógico que mi percepción de lo que ocurre a mi alrededor. Consciente de que todo está a un segundo de acabarse.

Pero conocemos a Jared, ¿verdad? Sabes que jamás permitiría algo así. Puede que sea un capullo, pero es el capullo más leal a sus amigos que existe.

—¡Basta! —Su voz rompe el repentino silencio—. ¿Qué quieres de mí?

—Un trato ventajoso para ambas partes. Un... servicio a cambio de un favor.

—¿Así hacéis favores en Dahes? —murmuro con mis ojos todavía en el rostro del rey. Él mira a Jared con satisfacción. Sabe que, sea lo que sea lo que pretende, ya ha ganado—. ¿Con chantaje?

—No creo que unos *piratas* puedan echarme en cara mis métodos, ¿no es cierto?

—Habla —gruñe Jared.

—Tranquilo, capitán. Esto va a beneficiarte también. Seguro que no sois tan estúpidos como para no reconocer los beneficios de un contrato de corsarios conmigo... Estaríais protegidos por sólo detener las actividades de un barco enemigo. Y según tengo entendido,

enemigo de ambos. He oído historias sobre que el *Angelique* y el *Libertad* tienen ciertas rencillas pendientes.

Tú conoces las historias que unen y separan al *Angelique* y al *Libertad*. Hasta tú tienes que haberte sorprendido. Hasta tú tienes que sentir miedo, porque sabes que Jared haría cualquier cosa por cobrarse una venganza que lleva demasiado tiempo esperando; más tiempo, incluso, del que llevo yo buscándote.

Hay unos segundos de silencio mientras quien manda sobre un reino y quien hace reino a sólo un barco se observan. Después, la voz de Jared suena con más contención de la esperada. Una contención forzada, supongo.

—No haré tratos con nadie desde el otro lado de una celda y con un miembro de mi tripulación amenazado.

Sólo es necesario un gesto de la mano de ese hombre para que me suelten, tirándome al suelo con un empujón que deja claro que, a ojos de los guardias, no merezco la suerte de salvarme. En menos de un parpadeo yo vuelvo a estar en la celda y mi capitán y mi amigo, fuera de ella, inmovilizado.

—Negociemos entonces, capitán.

Creo que sé qué pensarías si estuvieras aquí. Lo mismo que me dijiste una vez cuando a ti también te ofrecieron un trato: «Esto no es el principio de la libertad, sólo es otro tipo de condena».

En esta ocasión estaría de acuerdo contigo.



Jared

—Mi oferta, como ves, es bastante generosa: tu libertad, la de los tuyos y la de tus actividades a cambio sólo de un pequeño servicio a la corona que ni siquiera difiere de tus propias metas.

Mis metas no son servir a un rey, capullo.

Eso es lo que me gustaría responder. Pero hay un pequeño inconveniente: si lo hago, seré un cadáver en menos de un parpadeo. Lo cual es, sin duda, una mierda.

Así que supongo que sólo queda negociar. O fingir que lo hago, al menos. Para eso me han separado de la tripulación y me han traído a esta estancia, apenas un cuarto en el que deben de hacerse los cambios de guardia. Me han hecho sentar ante una mesa redonda y pequeña y me han servido vino. Quizá podría disfrutar de la «hospitalidad» si no tuviera al soberano de Dahes enfrente y a sus guardias detrás. Por no hablar del nigromante que aguarda al lado de la puerta. Parece mudo, pero algo me dice que es mejor no provocarle para que abra la boca. Calladito no puede lanzar conjuros con los que tirarme a la otra punta de la sala.

Luego está el príncipe, claro. Si se le puede llamar príncipe al enano que aguarda tras su padre, tratando de parecer tan digno

como él, pero sin conseguirlo. La verdad, parece tan nervioso que me dan ganas de gritarle «¡bu!» y ver si echa a correr.

En fin, donde fueres, haz lo que vieres. Se supone que los piratas podemos adaptarnos a las situaciones. Y estos gilipollas no tienen ni idea de cómo es mi tripulación ni de cómo soy yo ni de nuestra filosofía, y por eso se creen que pueden controlarnos. Bueno, si su inocencia va a hacer que sea más fácil salir de aquí y, de paso, llevarme algo de información útil para mis propósitos, no seré yo quien se queje. Ahora bien, igual Dahes debería plantearse qué inútiles dirigen el país.

—Robar mercancía no es a lo que nos dedicamos habitualmente —argumento, echándome hacia atrás. Intento cruzar los brazos, pero los grilletes que me han puesto me lo impiden—. Los inventos del Taller son interesantes, pero la mayoría, poco útiles en la mar. Nos interesa más el oro. Por eso, cuando atacamos, no solemos ir tras mercantes, sino tras barcos nobles con cargas mucho más valiosas.

—Puedes robar o hundir los barcos del Taller, me trae sin cuidado —rebate el rey—. Quiero que los atacéis, pero son sólo un señuelo para lo que de verdad me importa ahora mismo: que os encarguéis del *Libertad* lo antes posible. Esas piratas ya me han molestado lo suficiente, a mí y a mis negocios. Traedme a su tripulación o matadla entera, pero deseo que desaparezcan. A menos, claro, que no te sientas a la altura del encargo... Muchos han abandonado antes.

¿Abandonar nosotros? Y contra la tripulación del *Libertad*. Es obvio que este tipo no sabe con quién está hablando ni mi relación con ese barco: ha debido de escuchar rumores, algunas historias interesantes, pero con toda probabilidad ni asomo de verdad.

—El *Libertad* aparece y desaparece —expongo—. Nadie sabe cuándo ataca ni a qué ni con qué propósito. Su tripulación es tan caprichosa como la mar. No necesito razones para ir contra ese barco, tengo mis asuntos pendientes con la capitana, pero no entiendo qué tienen que ver los barcos mercantes que usa el Taller para mover sus productos en todo esto.

—Encontrarás al *Libertad* si atacas los barcos del Taller. Así es como los otros lo encontraron. Sólo espero que tu tripulación sea capaz de hacerle frente; las demás no lo fueron.

Así que no somos los primeros a los que contrata para lo que sea que pretenda. Supongo que no le debe de gustar que el Taller, un negocio de creación de inventos, esté ganando poder y además difunda sus productos por toda Marabilia. Por supuesto, al rey le encantaría que todas esas creaciones perteneciesen sólo a Dahes, el lugar donde nació la idea, no al resto de reinos. Ni siquiera tengo que preguntarme por qué: cuanta más diferencia tecnológica haya entre los reinos, más poderoso será el que más tenga.

No me cabe duda de que en el resto de Marabilia no saben que el rey de Dahes es un cabrón que pretende hacer de su nación la más fuerte. Si lo supieran, ya se estarían preparando para pararle los pies.

Aunque lo bueno de ser un pirata y vivir al margen de la ley es que todo eso no es mi problema.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer? ¿Asegurarnos de que algunas mercancías no llegan al lugar que deben y listo?

—Y luego, encargarnos del *Libertad* en cuanto vaya tras vosotros.

—Preguntaba por el trabajo. Eso será un placer.

El rey alza una ceja, pero no hace preguntas. No se meterá en los asuntos que haya entre dos tripulaciones de deshechos sociales, está claro.

—Me encanta ver a un hombre tan motivado... De modo que ¿aceptarás mi trato? ¿Trabajarás para mí?

No, claro que no, imbécil. Sólo voy a aprovecharme para salir de aquí, encontrar a Diandra y vengarme. Después, tú y tus planes de dominación mundial tendréis que apañaros sin nosotros, que ya estaremos muy lejos de tu alcance.

Otra cosa que no digo, claro. Tengo en aprecio mi cuello, sobre todo ahora que estoy a tan poco de salvarlo, así que opto por algo más diplomático:

—Tampoco es como si mi tripulación y yo tuviéramos muchas más opciones. Pero el oro y las mercancías que consideremos interesantes son nuestros. Sin porcentajes.

Geraint de Dahes hace un ademán descuidado con la mano con la que no sostiene la copa de vino, a la que le da un trago corto.

—Por supuesto. No tengo ninguna necesidad ni de la mercancía ni del oro. Entenderás, sin embargo, que haya tomado medidas para evitar que tengas ciertas tentaciones. Como la de traicionarme, por ejemplo.

No me hace ni puta gracia cómo suena eso.

—¿Medidas? —repito, e intento controlar mi voz—. Toda mi tripulación vendrá conmigo, antes de que se te pase por la cabeza tomar rehenes. Si piensas que dejaré a uno solo atrás...

Aunque el rey no sonrío, siento que se está burlando de mí cuando vuelve a beber de su copa, dejando unos segundos de silencio para que me impaciente. Siento la rabia quemándome en la boca del estómago, preparándose para saltar como antes no ha podido.

—No te preocupes, entiendo que necesitas a tus hombres para manejar el barco, y supongo que debéis de formar un buen equipo, o no habríais sobrevivido el tiempo suficiente para granjearos la re-

putación que tenéis... Pero el *Angelique* permanecerá en mis manos. Os proporcionaré un barco diferente.

Por un segundo, silencio. Después, mi sonrisa.

—Es una broma, supongo.

El rey brinda a mi salud.

—Si me traicionáis, convertiré vuestro preciado barco en cenizas.

Me levanto de mi asiento como un resorte, echándome hacia delante. Antes de que pueda hacer nada, los soldados dan un par de pasos hacia delante y me aferran de los brazos, manteniéndome erguido. La ira que estaba esperando para estallar arde mientras observo al rey, que se reclina en su asiento sin apartarme la mirada. Su hijo, a su lado, ha dado un paso atrás con mi movimiento inesperado y me observa como a una bestia salvaje. Hace bien. Es más sensato que su padre, que me está jodiendo más de lo que debería.

—Sin mi barco no hay trato.

—Muy bien. —Ni se lo piensa antes de hacer un ademán. Los guardias tiran de mí. Me revuelvo, gruñendo, aunque sin mucho éxito—. Sin trato, mañana al atardecer tú y tus compañeros moriréis. Tranquilo, serás el último para que puedas despedirte de todos.

Aprieto los dientes, revolviéndome todavía. Por un segundo miro hacia la mesa, hacia la botella de vino y las copas de cristal. Podría sacudirme lo suficiente para coger la botella y estampársela en la cabeza o romperla primero y clavarle el cristal en el cuello. Sólo que eso no serviría de nada, claro: puede que ni lo consiguiera antes de que los guardias o el nigromante me dejaran fuera de juego, y después matarían al resto. Respirar. Eso es lo que tengo que hacer. Respirar hondo un momento. Paciencia, Jared. Tranquilo. Aprovecha la situación todo lo que puedas. Es esto o no salir vivo de aquí.

Otro barco quizá pueda enfrentarse mejor al *Libertad*. Y yo sé esperar. Se me da *muy bien* esperar. He esperado lo que parece toda una vida para dar caza a Diandra, y ahora puedo hacerlo. Este imbécil no es la prioridad ahora, sino aprovechar la situación que nos ha puesto en bandeja. Cuando el *Libertad* esté en mis manos y Diandra se hunda en el fondo del mar, como tuvo que hacer hace ya mucho tiempo, recuperaré el *Angeliqúe*.

—¿Y bien, capitán? ¿Qué va a ser? ¿Qué es más importante para ti? ¿Tu barco o tu tripulación?

Tranquilidad. Los mejores golpes se dan con tiempo para prepararlos.

Por eso me yergo e inhalo antes de sonreír.

—Cuidad bien de mi nave. Es muy quejicosa y me echará de menos. Espero que al menos me deis un barco que la haga ponerse celosa...

Geraint de Dahes me observa, sin fiarse de mi cambio de actitud, pero satisfecho pese a todo. Debe de pensar que acaba de ganar a un siervo fiel. La realidad es que sólo ha conseguido un aliado puntual con muchas ganas de joderle en cuanto pueda.

—Os daré un barco más rápido que el que tenéis. Quizá no tan bonito, pero ¿por qué un pirata iba a necesitar presumir? Os daré cañones potentes y provisiones. De hecho, estará todo preparado para que partáis con la primera luz. No hagáis que me arrepienta de ser tan generoso.

Los guardias me sueltan. Uno de ellos saca una llave de entre sus ropas para quitarme los grilletes. Yo no pierdo de vista al hombre que, cómodo con su poder, sintiéndose invencible, viéndome como un insecto al que le concede el honor de su presencia y su favor, se reclina en su asiento.

—Supongo que los reyes siempre intentáis hacer pasar por generosidad lo que debería ser simple deber —le sugiero con una sonrisa en cuanto me sueltan. Después, hago una reverencia mucho más profunda y exagerada de lo que debería ser—. No olvides que esto es un trato, *majestad*. Yo no lo haré.



Collen

Creo que todos dejamos escapar un silbido de apreciación cuando nos llevan, custodiados, al que será nuestro nuevo barco. Todos, claro, menos Jared y Nadim, el primero porque todavía debe de estar maldiciendo por tener que dejar el *Angelique* atrás para salvar el pellejo y el segundo, con toda probabilidad, por respeto a su mejor amigo. El *Estrella Fugaz*, como se lee en un lateral, es una carabela que promete ser rápida e imparable. Jared podrá gruñir todo lo que quiera, pero tiene que admitir que esta es mejor embarcación que el *Angelique*. La nave no parece precisamente nueva, y no me cabe duda de que nos han dado lo que ya no consideran útil para su flota. Aun así, no se puede negar que es impresionante, y lo será más cuando la pongamos en marcha, con las velas extendidas y llenas con el viento de popa.

Aunque esperaba un barco pequeño, es mucho más largo que el navío al que estamos acostumbrados. Tiene cuatro altos mástiles, con velas tanto latinas como redondas. Lo cierto es que al verlo ahí, anclado e imponente, tengo serias dudas de si podremos arreglárnoslas siendo sólo nueve. Estoy a punto de preguntarle al capitán, pero él me estampa unos documentos en el pecho sin girarse siquiera y se

adelanta para saltar dentro del barco con cara de pocos amigos. Bien, sí, quizá sea mejor preguntar más adelante.

Bajo la vista a los papeles que me ha dado. Es un mapa con coordenadas fijadas y rutas de navegación marcadas, además de un listado con el nombre de algunos barcos. Supongo que estos son los objetivos y me los deja a mí para que trace las rutas más convenientes.

—Parece que será mejor no molestar mucho al capitán —observa Rick a mi lado—. Creo que a él no le llega con la alegría de estar vivo.

Esbozo una media sonrisa, mirando hacia delante, donde Nadim suspira y sigue a Jared, supongo que para evitar que destrozé algo con su enfado.

—Apuesto lo que queráis a que se le pasa en cuanto estemos en alta mar —dice Sabir, estirándose. Tayeb va a su lado y lo mira con incredulidad.

—Tres monedas a que lo que hará que se le pase es una buena botella de licor. Hasta entonces, va a gruñir.

—Acepto.

No suelo posicionarme en las apuestas entre Sabir y Tayeb, pero diría que esta vez Tayeb lleva todas las de ganar.

* * *

Tayeb gana la apuesta. O al menos parece que lo hará, porque cuando salgo del camarote del capitán, después de devolverle las hojas de rutas con mis comentarios, me pide que me asegure de que «los carbones de la corona de Dahes nos han dado botellas de ron». Para entonces, el barco ya se ha puesto en marcha y nos hemos alejado de la costa, que es apenas una línea difusa en el horizonte, donde el sol

ya se alza y el cielo ha amanecido nublado. Me quedo en la cubierta durante un segundo observándola, sintiéndome extraño en mi propio cuerpo. No es una sensación nueva, pero esta vez viene con fuerzas renovadas porque... deberíamos estar muertos. Casi me había resignado. Estaba convencido de que se iba a acabar mientras estaba en esa celda. Nunca imaginé que si alguna vez nos pillaban saldríamos vivos para contarlo. Creo que estoy esperando la persecución; que Gavin avise desde el puesto del vigía que hay barcos tras nosotros, porque el rey de Dahes se ha pensado mejor lo de colaborar con piratas. Vendrían dos, como cuando nos dieron caza, naves más grandes y rápidas que esta en la que vamos. Y esta vez nos hundirían, sin preguntar y sin dejar pruebas de que alguna vez intentaron negociar con nosotros. Así de fácil nos borrarían de este mundo, de la Historia.

Claro que los piratas nunca somos recordados por la Historia y, si lo somos, nunca es por nada honorable. Al menos esperaba poder haber resuelto algún misterio apasionante, desentrañado una leyenda de la que hablasen todos los libros. Ser un gran descubridor o el primero en pisar alguna isla remota. Gracias a mí esta tripulación ha encontrado tesoros increíbles, pero todavía hay mucho más que quiero ver y conocer.

Qué cerca he estado de no poder hacerlo.

—Hola, guapo, ¿estás solo?

Doy un respingo y vuelvo a la cubierta del barco, a este preciso momento, en algún punto al este de Dahes. Rick se ha apoyado a mi lado en la baranda. Tiene la camisa remangada, mostrando sus tatuajes, y pese a que la mañana es fresca está sudando; ha debido de ser laborioso poner en marcha la embarcación y él hace gran parte de los trabajos de fuerza.

—Me he distraído un poco. —Me separo de la baranda y me pongo en marcha de nuevo—. Iba a ver si los de Dahes han tenido la dignidad de proveernos con alcohol. ¿Quieres venir?

Rick esboza su sonrisa de siempre, alegre y maliciosa.

—¿Me invitas a explorar lugares oscuros contigo? ¿Y dudas de mi respuesta?

—Las manos donde pueda verlas —le digo, y sonrío mientras nos encaminamos hacia la bodega.

—Si está oscuro, lo cierto es que no podrás verlas.

—Y según tu razonamiento, eso significa que puedes ponerlas en cualquier lado, ¿verdad?

Rick parpadea, como si no fuera evidente.

—Lógica pura y dura.

No puedo evitar reír y el nudo en mi estómago se destensa un poco. Cuando bajamos las escaleras, el olor a cerrado me confirma que este debía de ser un barco en desuso para la corona. Para desgracia de Rick, sin embargo, el almacén no está a oscuras: varios orbes de luz del Taller iluminan un montón de cajas en las que supongo que están las provisiones.

—Creo que tu plan ha fallado. Una pena —le digo con falsa lástima mientras miro alrededor.

Aunque no puedo mirar mucho porque unos dedos cubren mis ojos al tiempo que un brazo atrapa mi cintura. Dejo escapar una exclamación.

—Mira, así no puedes verme tampoco. Y la luz es para que yo te vea mejor.

Sé que me va a besar antes de que me haga girar entre sus brazos y su boca encuentre la mía. No protesto. Ni siquiera abro los ojos, quizá porque así, como dice él, no puedo ver sus manos y puede

ponerlas donde quiera. De hecho, son mis brazos los que se lanzan a su cuello, agarrándose a él. Las ganas de beber del capitán pueden esperar un rato. Esta también me parece una buena manera de comprobar que seguimos vivos.

Por eso dejo que sus labios me quemen en la boca. Por eso dejo que su cuerpo se apriete contra el mío y me alce; que me siente sobre una de las cajas y su boca se hunda en mi cuello mientras mis manos tiran de su camisa. Hasta hace unas horas pensaba que la última vez que sentiría que me ahogaba sería con una soga alrededor del pescuezo, no porque sus caricias me quitasen la respiración.

Creo que no soy el único que parece desesperado por sentirse vivo, porque tras un beso demasiado largo, Rick no se vuelve loco como siempre y sólo me abraza con fuerza. Siento cómo me entierra contra su pecho y yo no protesto. Acaricio su torso bajo la camisa con la punta de los dedos. Repaso algunas cicatrices. Los dos intentamos respirar para recuperar el aliento que nos hemos quitado, o quizá para tomar las bocanadas de un aire que pensábamos que ya no habría más en nuestros pulmones.

—He tenido mucho miedo —confiesa Rick apenas en un susurro. Hay un beso que cae, suave, en la curva de mi cuello.

—Ah, así que eres un cobarde... Si el capitán se entera...

Su cuerpo se separa lo justo para mirarnos cara a cara. Yo alzo la barbilla, contemplándolo con burla.

—Sabes que no temía precisamente por mi vida, pero tienes demasiado orgullo como para admitirlo e intentas molestarme. Así te salvas de tu propia vergüenza.

Nos conocemos lo suficiente como para que pueda negarlo, así que sólo carraspeo.

—Eres muy molesto. Cállate.

Parece dispuesto a seguir martirizándome, por eso en cuanto abre la boca yo me echo hacia delante y meto la lengua entre sus labios. Así no podrá protestar. Ni le quedan ganas, por lo que parece, porque apenas hace un ruidito incomprensible antes de volver a abrazarme con fuerza.

Esta vez ninguno tiene intención de detenerse. Mentiría si dijera que no sabía que esto pasaría cuando le sugerí acompañarme. Que no estaba deseando sentirlo cerca de verdad, fuera de esa celda, sin seguridades de más futuro que los próximos minutos.

No pensaba tampoco que nada nos interrumpiría.

Lamentablemente, no tenemos esa suerte: con un estrépito que nos sobresalta a ambos, una de las cajas cae al suelo. Frunzo el ceño y miro hacia atrás. Al principio creo que habrá sido sólo una caja mal colocada, pero justo cuando vamos a volver a besarnos, ignorándolo, oímos el tosido. Por un momento se me ocurre la posibilidad de que Tayeb y Sabir se nos hayan adelantado en lo de ocupar el almacén, pero juraría que Tayeb estaba ocupándose de unas velas cuando nos encaminamos hacia aquí.

Una idea cruza rápida por mi cabeza. ¿Y si han metido a alguien en el barco para asegurarse de que cumplimos nuestra parte?

Separo un poco a Rick, que pone mala cara aunque no protesta, precavido. Mi mano atrapa una de mis dagas en mi cinto. Siento los pasos de mi acompañante seguirme.

—¿Hay alguien ahí?

Nadie responde, pero no hace falta: lo encontramos tirado en el suelo con una caja que le ha caído encima. Vuelve a toser y mueve las manos, intentando disipar la polvareda que se ha levantado del suelo.

Me quedo quieto, incrédulo; el puñal en alto. Casi puedo oír a Rick parpadear.

—¿Ese no es...?

—El príncipe de Dahes.

El muchacho nos mira desde abajo, con las mejillas pálidas convertidas en un punto de color encarnado por la vergüenza, no sé si por habernos visto besándonos o por el ridículo que acaba de hacer. Sus ropas no son las mismas con las que vino a vernos a la celda, sino unas más sencillas: camisa, chaleco, pantalones... Todo un poco grande para su cuerpo esbelto, como si se las hubiera pedido prestadas a alguien. Endereza la espalda, intentando mostrarse digno hasta cuando está tirado en el suelo.

—Deseo ver a vuestro capitán —exige en un tono altanero que sólo puede pertenecer a alguien de la nobleza.

Abro la boca, pero la cierro de inmediato, sin palabras. Bien, de todas las personas a las que esperaba encontrarme en un almacén interrumpiendo mis actividades con Rick, nunca habría imaginado que una sería un príncipe, así que estoy bastante sorprendido. Miro a Rick, que vuelve sus ojos a mí también antes de que ambos observemos de nuevo al muchacho frente a nosotros.

Cojo aire una vez más. Me alegro de no haber muerto porque esta es una situación que no quiero perderme.



Kay

Seis generaciones atrás, el rey Myron II, El Osado, señor de Dahes y las tierras del sureste, verdugo de monstruos y heredero de la sangre del Sol, se presentó ante la tripulación de piratas más fiera que jamás surcó los mares de Marabilia. Cuentan que su espada, la más rápida que existió jamás, ganó el duelo al que retó al capitán, y mientras este caía al suelo y su corazón aún no se había detenido, le dijo a la tripulación: «Ahora trabajaréis para mí. Seguiréis mis órdenes sin preguntar y serviréis a mi reino». Dicen que nadie se quejó. Dicen que los hombres que había aquel día en cubierta se arrodillaron ante él y reconocieron su liderazgo. Y que aquel navío que capturó con sus propias manos, sin ayuda de ni uno solo de sus soldados, se convirtió en el primero de la flota que sería su orgullo y que exportaría, por primera vez, los productos alquímicos a tierras más allá del mar.

No sé cuánto hay de cierto en esa historia, porque soy consciente de que, a veces, los historiadores engalanan los relatos para seducir a los vencedores y exageran la magnificencia de los soberanos para atraer al público. No sé tampoco qué pensó mi antepasado cuando se presentó ante el capitán pirata, si de verdad era tan diestro con su hierro o si se mantuvo calmado durante la contienda.

Desde luego lo único que puedo saber es lo que *yo* siento ahora mismo, de pie ante el capitán del *Angelique*... No. Del *Estrella Fugaz*. Un hombre que como mínimo me saca una cabeza y que me mira de arriba abajo con fríos ojos azules y una mueca de desagrado. Intento mantener la espalda erguida, pese a que todavía me duele por la caja que me cayó encima, y la barbilla alzada. Intento parecerme a mi padre, con el rostro ilegible y la mirada serena.

No sé si estoy consiguiendo el resultado esperado.

—Repítemelo otra vez: ¿por qué debería perder mi tiempo con él?

No se dirige a mí. Mira de reajo al hombre de su lado, quien supongo que será su mano derecha y sólo parece tener ojos para mí. Yo me arrepiento al instante de mover la cabeza para enfocarlos. A pesar de que mis pies están firmemente agarrados al suelo, todo parece moverse a mi alrededor. La sensación no es sólo turbadora, sino también enfermiza. Mi estómago se revuelve y se queja, pese a que no he probado bocado desde la cena de anoche, tras la que me escabullí de palacio y cabalgué durante varias horas para alcanzar el puerto antes del amanecer.

—Porque quiero pensar que el príncipe de Dahes no es tan estúpido como para meterse en un barco enemigo sin tener buenos motivos detrás —replica el segundo de a bordo. Su acento tiene un deje de Rydia. Siempre me ha parecido que a los rydienses las palabras les fluyen de la boca de forma diferente, como un poema, dulce como si la lengua acariciase cada vocal antes de dejarla ir.

Yo aprieto los dientes.

—Os he dicho que tengo un trato que ofrecer, capitán. ¿Es que eso no significa nada para vos?

—Significa que eres lo suficientemente estúpido como para darme una oportunidad de recuperar mi barco. El barco que *tu* pa-

dre me ha *robado*. Y que tú vas a hacer que recupere, porque voy a pedirlo como rescate por tu cabeza. Aunque tu cabeza no vale ni uno de los tablones del *Angelique*.

Entorno los ojos. Menudo fanfarrón. Si me hace algo, tendrá a todos los barcos de Marabilia tras él y su tripulación y los habrán hundido en menos de una luna. Pero no puede ser tan necio. No habría llegado a capitán ni habría sobrevivido durante tanto tiempo si fuese tan corto de entendimiento.

—Lo que estoy ofreciéndoo, si es que acaso estáis interesado en escucharme, es una oportunidad de recuperar vuestro barco sin tratar con mi padre. No la echéis por la borda. —Me humedezco los labios resecos y observo un punto por encima de sus hombros, las ventanas que dan al mar. Los cuadrados de cristal opacos sólo me permiten adivinar la superficie del océano y el gris pétreo del cielo nublado—. Yo sé dónde está el *Angelique*. Y os lo devolveré a cambio de un precio que podéis pagar con creces.

Interés. Lo veo en la mirada del capitán, cuya postura cambia. Lo veo también en los ojos de su compañero, más cautos, más vacíos. Pero podría reconocer la curiosidad en cualquier parte, y sé cómo puede cambiar por completo la perspectiva de alguien.

—Eso suena a traición —asevera el marinero.

El capitán entorna los ojos y se acerca. Sus pasos repiquetean por encima de los crujidos del barco y la canción ensordecedora del mar. Empieza a rodearme, mirándome desde todos los ángulos posibles. No intento seguirlo con la mirada, porque sé que mi estómago y mi cabeza no lo agradecerían. Dudo que lograrse mi cometido de pactar con este hombre —o con ningún otro, para el caso— si le vomitase en las botas la cena de ayer.

—Y ¿por qué el príncipe de Dahes querría traicionar a su padre?

Fijo los ojos en los cristales sucios de la ventana. Todo en esta embarcación parece tener una capa de polvo encima, como he descubierto de primera mano durante mi aventura en el almacén.

—Eso es cosa mía, como lo será si se me condena por ello. —Nadie me defiende ahora, y dudo que nadie me ayudase si acabase en una celda. No. No vas a pensar en eso, Kay. No ahora. No dejarás que el miedo te paralice. No permitirás que las posibilidades ganen antes de enfrentarte a ellas—. ¿Queréis vuestro bajel, entonces, o no? Si preferís negociar con el rey...

—Te lo he dicho ya, chico: contigo a bordo, puedo negociar con él... y salir ganando.

—Tenéis en demasiada estima el amor de mi padre por mí.

—No sé si te tendrá *amor*, pero estoy seguro de que no dejará en manos de cualquiera a su único heredero.

—No conocéis al rey; eso salta a la vista. Así que os anunciaré su respuesta si tratáis de negociar con mi vida para ahorraros tiempo: «Yo no negocio con corsarios. Trabajáis para mí, no al revés».

El capitán alza las cejas. Además de irrespetuoso con la realeza —las historias de bandidos me habían preparado para esto—, este hombre parece tener la cabeza demasiado dura.

—Habría que ver si dice eso cuando le enviemos una mano como adelanto...

Trago saliva. Tras la espalda, algo amedrentado, me rodeo la muñeca derecha con la otra mano, como si quisiera asegurarme de que sigue en su sitio y no les va a resultar tan fácil quitármela. La plata de la pulsera que siempre llevo está templada por el contacto con mi piel.

—Jared. —El rydiense apenas alza la voz, pero es suficiente para que nos giremos hacia él—. El príncipe podría sernos de ayuda. Al menos parece tenerle tan poco aprecio al rey como tú.

—¿Y te fías? ¿Quién te dice que no es una prueba del propio Geraint para asegurarse de nuestra lealtad? ¿Qué mejor cebo que su propio hijo?

—Y por eso, si hiciéramos lo que tú quieres, sólo estaríamos cayendo en su trampa.

El capitán se pasa la mano por la barbilla sin afeitarse, con un gesto pensativo. La lógica, por lo menos, parece resultarle más fácil cuando se la explican.

—¿Qué quieres exactamente? —me interroga—. ¿Y qué seguridades nos das?

Tomo el aire que me falta. Algo cruje en mi espalda cuando intento enderezarme un poco más, pero no gano ni en altura ni en valentía, así que me rindo pronto.

—Mi trato es este: me llevaréis ante un nigromante. No me importa dónde, mientras sea lejos de Dahes. Hasta entonces seré... —Paladeo y echo un vistazo alrededor. A los mapas sobre la mesa, a un reloj de arena en un rincón. Al resto de la estancia vacía, con la cama al fondo. No parece un hogar, sino más bien una celda. Es obvio que mi padre no ha tenido la deferencia de trasladar sus pertenencias del *Angelique* a esta nueva embarcación—. Consideradme un huésped, si así lo deseáis. No molestaré. Será como si no existiera. Cuando encuentre a un nigromante competente, os diré dónde se halla vuestro amado barco. Os lo señalaré en un mapa y será asunto vuestro recuperarlo. Nuestra asociación habrá concluido de forma satisfactoria y nuestros caminos no volverán a cruzarse ni se habrán cruzado jamás. No me habréis visto ni hablaréis a nadie de mí. Yo, por mi parte, haré lo mismo.

Y no me cabe duda de que eso será lo más placentero de todo el viaje.

Me cruzo de brazos, bastante satisfecho con mi discurso. Creo que no se me ha quedado nada fuera. Casi siento ganas de sonreír cuando observo a los dos hombres mirarse, supongo que intercambiando un mudo asentimiento. Claro que van a aceptar. ¿Por qué no iban a hacerlo?

Espero a que el capitán me tienda la mano, pero en su lugar se cruza de brazos, como un reflejo de mi propia pose. Obviamente, sólo haciéndose el duro. Intentará conseguir algo más. Los villanos siempre son así, avariciosos y oportunistas.

—Tenías demasiada fe en él.

Hace un ademán que no logro descifrar hasta que siento unos dedos en torno a mi brazo. El toque consigue que me ponga en tensión al instante. Al dar un paso atrás, mi mundo oscila y estoy a punto de perder pie.

—Lo siento, muchacho. Mala decisión.

No. No, no, no. Esto no puede acabar así. *Esto* ni siquiera ha empezado.

—¿Mala decisión? ¡Os estoy ofreciendo la libertad! ¡Pese a que sois piratas! ¡Podréis hacer lo que gustéis! Nadie, jamás, os ofrecerá ayuda o misericordia como lo hago yo.

El capitán resopla y se mesa la sien con aspecto agotado.

—Nobles —escupe como si fuera el peor de los insultos—. Siempre creen que los demás les debemos algo sólo por respirar. Y, por supuesto, las cosas siempre han de hacerse a su modo. Llévatelo de aquí, no tengo paciencia para sus lloriqueos.

Un tirón en mi brazo. El estómago me sube hasta la garganta, pero me lo trago junto con el sabor a bilis. Clavar los talones al suelo sería mucho más sencillo si los tablones no parecieran serpentear. Trastabillo hacia delante, retorciendo mi extremidad para liberarla.

Miro por encima de mi hombro al capitán, que se ha sentado ya tras su mesa, como si diera la conversación por finalizada.

—Os estoy ofreciendo recuperar el *Angelique*, capitán. Gratis. Porque no sé si lo sabéis, pero mi padre no va a hacerlo. —Aprieto los dientes—. Tenéis mucha fe si creéis que va a cumplir su palabra. Que os va a devolver vuestro barco una vez que cumpláis su voluntad. Moriréis antes que volver a verlo. Y él se jactará ante toda Marabilia de que en Dahes la ley es máxima y el poder del rey, incontestable.

Risa. Se está riendo de mí. Bruto desagradecido... Siento el calor llenándome la cara y entorno los ojos.

—¿Por quién me tomas? Sé que tu padre no me lo devolverá así como así, claro, pero tú tampoco nos das seguridades. ¿Qué nos ofreces? ¿Tu *palabra*? Sólo los gilipollas se fían de la promesa de un niño mimado. En cambio, oh, tu cabeza vale mucho. Y más para un rey que estuvo años suplicando por hijos que continuaran su estirpe y al que los Elementos sólo le dieron uno. El mismo que va a suponer su alianza con Dione. Ahora, cállate y colabora y quizá puedas llegar con todos los miembros intactos a tu noche de bodas.

—Geraint es proteccionista y su reino es lo más importante para él. Perder al heredero sería inadmisibile. El trono pasaría a manos de otra familia —secunda mi captor. Sus dedos se hunden en la piel de mi brazo.

La cabeza me da vueltas, y ya no es sólo por el vaivén del mar. Supongo que ya no les quedan sospechas de que pueda estar tendiéndoles una trampa en nombre de mi padre si hablan así. Pero no van a ayudarme. Van a entregarme. Me intercambiarán de manos si pueden y me devolverán a Dahes. O, si no llegan a un acuerdo, me tirarán por la borda y me ahogaré.

Sea como sea, llegará mi fin.

—Si tenías buenas intenciones de verdad, mala suerte. Haberlo pensado antes de tratar con piratas. Llévate.

Siento el cuerpo súbitamente entumecido mientras me arrastran fuera del camarote. No es esto lo que se supone que tiene que pasar. Doy un par de pasos reticentes y me llevo la mano al cinturón. Los dedos encuentran la empuñadura de mi estoque. Desvaino antes de poder pensarlo dos veces y coloco mi acero sobre el cuello del hombre que intenta arrastrarme con él.

—¡Déjame ir, bellaco!

Qué imbécil he sido. ¿Qué se puede esperar de hombres sin honor? Hombres sin ley. La anarquía sólo conduce a esto: a la irracionalidad y la pillería y... ¿Qué voy a hacer ahora, en medio del mar, con esta gente? ¿Tengo alguna posibilidad de ser como el rey Myron y subyugar a estos hombres a mi voluntad? ¿Convertirlos en *mi* tripulación para que lleven a cabo mis deseos y respalden mi reinado...?

Aunque el agarre en torno a mi brazo se desvanece, el rydiense no retrocede. Una sonrisa de diversión se forma en su boca, como si algo le hiciera gracia. Algo que no entiendo. ¿Es que no tiene aprecio por su propia vida, el muy patán?

—Bellaco... —repite como si fuera un chascarrillo jocoso.

Frunzo el ceño. Pasos a mi espalda.

—Nobles. —El capitán dice la palabra con el mismo asco que la primera vez—. Siempre complicando las cosas.

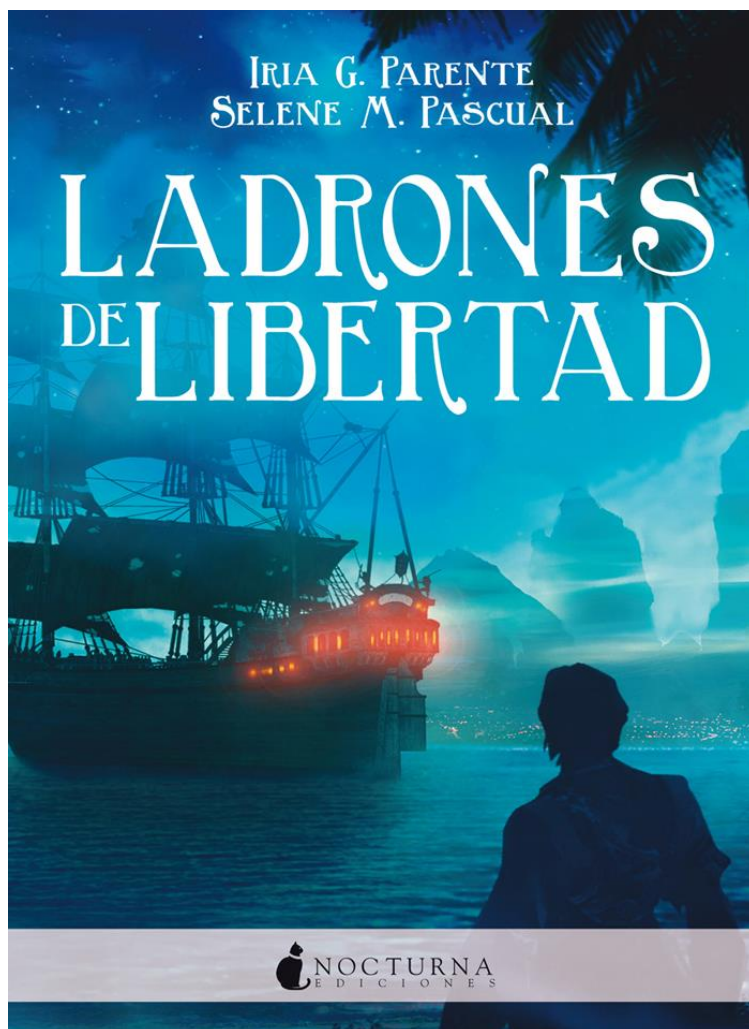
Me doy la vuelta a tiempo de ver una sombra viniendo hacia mi cabeza.

El dolor sólo dura un segundo.

SIGUE LEYENDO

LADRONES DE LIBERTAD

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL



ISBN: 978-84-16858-12-5 | PVP: 17,00 € | A la venta: 25-9-2017

 NOCTURNA
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com